

José Miramón López

Anecdotario



Cada persona es un mundo. Un mundo lleno de vivencias y de experiencias. Durante los años que convivimos juntos, todos esos mundos se interrelacionaban entre sí conformando una especie de pequeño universo donde nosotros éramos elementos que, a veces, ocupábamos órbitas comunes que nos llevaban a vivir las mismas experiencias.

De ahí que cualquiera de nosotros puede recordar momentos vividos solos o junto a otros compañeros, que por su singularidad, por su carácter trágico o cómico, por su emotividad, o su impacto en nuestras vidas y nuestro destino, nunca podremos olvidar.

Por ello hemos querido a través de este capítulo, que aquellos que lo deseen escriban sus vivencias o anécdotas para compartirlas. Ello nos acercará mucho más, pues nos trasladará a aquel pequeño universo y de inmediato nos pondremos en la órbita de los recuerdos para revivirlos.

Este capítulo contiene mucha vida y es el más indicado para reconocernos a nosotros mismos a través del tiempo. Es un «tal como éramos» con el que todos nos sentimos identificados.

Al final de su lectura, sentiremos sensaciones diversas, nos reiremos y emocionaremos, veremos sentimientos puros de agradecimiento, valoraremos el esfuerzo de tantos por salir a flote, el espíritu de lucha por superarse y la solidaridad que de una forma natural nació allí entre nosotros.

Podemos manifestar tras ello que fuimos afortunados al vivir aquellos momentos.

Siete cursos y una noche o cómo aprender a ser un hombre de provecho



Antonio Pelayo Baca

Cursos 1968–1975

Aquel año del 68 empezó en lunes y además fue bisiesto, presagio de grandes acontecimientos. Cambiaron valores, actitudes, maneras de entender la vida y la semilla de un futuro prometedor comenzó a sembrarse.

Si en primavera soplaron vientos de libertad y la creencia de que una sociedad mejor era posible, en el otoño se levantaron vientos favorables para una generación nacida en los 50, a quien se abría un horizonte de oportunidades.

El inicio del desarrollo económico en España, propiciado por los capitales procedentes del auge del turismo, de las inversiones extranjeras y del trabajo de nuestros emigrantes en Europa, estimuló, por una parte, el crecimiento de las Cajas de Ahorros como el del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Ronda cuya Obra Social, dio vida a nuestro Colegio Menor las Delicias y también impulsó la puesta en marcha de las Becas del PIO (Patronato de Igualdad de Oportunidades).

En este contexto, llegaba el gran momento para unos niños y preadolescentes a quienes el mundo rural no ofrecía oportunidades. Nuestros padres deseaban que nos formáramos para convertirnos en hombres de provecho, alejados del campo y de los pequeños negocios familiares, que exigían interminables horas de trabajo. Esta mentalidad de los progenitores de la época es retratada a la perfección por el Nobel García Márquez en sus Memorias: «*Mi padre había puesto en mí, esperanzado, la certeza del triunfo y quería colgar en la pared de su casa un diploma, un título, sea cual fuere, que certificara la destreza estudiantil de su hijo, que consintiera la gloria que a él le fue negada*».

En este paisaje, los vientos nos empujaron a los alumnos de esta primera promoción desde la Escuela Nacional del pueblo al Colegio Menor Las Delicias y a los centros educativos de Ronda. Un reto que conseguimos franquear, unos porque sus padres podían financiarlo y otros porque obtuvimos la Beca PIO tras superar una prueba y demostrar que la familia carecía de ingresos y propiedades rústicas o urbanas. Todo un revulsivo dada la precariedad de la época.

Llegó la hora de iniciar los preparativos para alzar el vuelo, ligeros de equipaje. Tan solo con el material recomendado por el colegio en viejas maletas o en talegas, que en adelante nos servirían para intercambiar la ropa sucia y limpia.

Como le ocurrió al «*Principito*», nuestro pequeño planeta, nuestro pueblo, se había quedado pequeño y era momento de dirigirnos a otro, al Colegio Menor las Delicias en Ronda.

Recuerdo la tarde de la partida: el taxi en la puerta y la despedida de la familia. Mi madre, única acompañante en el camino, me había engalanado para la ocasión con un traje que mi padre, como emigrante, me había traído de Holanda. Entre conversación y silencio, despedía con nostalgia y alguna lágrima los campos donde los niños mediamos nuestra destreza con los tirachinas, colocábamos trampas para los pajarillos y nos bañábamos de manera clandestina en las albercas.

No fue fácil dejar atrás mi pequeño planeta. Tampoco lo fue aterrizar en el nuevo. Si el *Principito* pensó que la Tierra estaba inhabitada porque aterrizó en el desierto, la llegada al Colegio me produjo la misma sensación. Mi madre, con la mirada perdida en la larga escalera de la entrada, no lo pudo expresar mejor: «Aquí no hay un alma». Traspasamos la puerta del edificio principal y por fin, pudimos comprobar que sí estaba habitado. Sorprendido al vernos, nos recibió el Director, quien tras las respectivas presentaciones, alabó nuestra puntualidad, y nos recordó que habíamos llegado un día antes. En actitud muy paternal, nunca lo olvidaré, entrelazó sus brazos sobre mi pequeño cuerpo y se dirigió a mi madre: «Váyase tranquila, no están los tiempos para pagar mañana otro taxi, se queda con nosotros». Agradecida, se despidió, y me dejó acompañado por el Director y con la tristeza que aumentaba conforme su figura se perdía bajando la escalera.

Quizás fueron mis peores momentos en el colegio: la tarde del primer día en ese pasillo interminable, solo, mirando por la ventana, con la nariz pegada al cristal empañado por el que casi no podía ver

ya la ciudad, que se estaba encendiendo mientras la tarde caía. Ronda, ya la conocía, porque como centro comarcal, era obligada su visita para comprar la ropa de la Primera Comunión, la feria ó la Patrona y para alguna consulta médica.

¿Por qué se llamará este colegio «Las Delicias?», me preguntaba sollozando. En el diccionario que tenía mi maestro en su mesa, en la escuela del pueblo, el significado de esta palabra no correspondía con lo que estaba viviendo: «Placer intenso que algo produce en el ánimo ó los sentidos». Todo lo contrario, a lo que me estaba pasando. Aún me estaba lamentando cuando mi nuevo planeta inhóspito empezó a poblarse: por la puerta principal apareció el compañero medalla de plata en puntualidad, para compartir conmigo la soledad de aquella primera noche, inicio de, seguramente, la estancia más larga de un alumno en nuestro colegio: siete cursos y una noche.

Al día siguiente, ya con toda normalidad, empezaron a llegar desde los pueblos del entorno, y de manera pausada hasta un total de 90 niños, que componíamos la primera promoción. Sentado en la escalera, junto a mi compañero, ejerciendo de veteranos, no perdíamos detalle del desfile de los nuevos compañeros que se despedían de unos padres tristes, pero convencidos de que la estancia en el colegio nos convertiría en «hombres de provecho».

Por la tarde, bajamos a la zona de juegos, de donde no podíamos salir, y donde empezamos a ser consciente de la importancia de pedir permiso y cumplir las normas: ¡Aquí hay que pedir permiso hasta para respirar!, nos recordó

un celador, a un grupo que a toda prisa corríamos buscando los servicios. Ni que decir tiene que frenamos en el intento y entre el miedo y los nervios a más de uno se nos mojaron los pantalones. De allí, pasamos al comedor para cenar. Por primera vez, compartimos mesa y comida, sonrisas tras el miedo, impresiones e inquietudes, que sirvieron de base para un largo periodo de convivencia. Después, a seguir compartiendo, esta vez sueños en aquellas dos salas de dormitorios a las que se llegaba tras pasar por las taquillas y servicios.

Al día siguiente, tuvimos que incorporarnos a nuestros respectivos centros educativos: Instituto de Enseñanza Media «Pérez de Guzmán, Escuela de Maestría Industrial y el Centro Oficial de Patronato de Enseñanza Media (COPEM). Así, teníamos programado, el itinerario formativo: nuestro colegio como aprendizaje para la vida y, en mi caso, el Patronato para la formación científica y profesional.

En efecto, ambos nos sirvieron para cumplir el deseo de nuestros padres de vernos convertidos en hombres de provecho.

En el colegio, aprendimos a organizarnos en el día a día: levantarnos con puntualidad, asearnos, desayunar, ir al centro educativo, almorzar, estudiar, merendar, descansar, estudiar, cenar y a dormir. Y que el esfuerzo tiene la recompensa del bienestar y el descanso, por ello la rutina cambiaba los fines de semana, donde incluíamos la misa del domingo, el paseo por Ronda o por la Alameda del Tajo, el cine, competiciones deportivas y culturales como Cesta y

Punto, cine fórum y tiempo libre para juegos. Además, alguna excursión, como la clásica al puente de la Ventilla. ¡Ah!, y el menú especial de los domingos.

También aprendimos a compartir y a respetar al compañero; a superar la timidez y los complejos de niños de pueblo; a valorar la importancia del esfuerzo y a escuchar y aprender de cuantos profesionales incidían en nuestra vida diaria: Directores, celadores, educadores, personal de administración, enfermería, cocina, limpieza, etc.

Aprendimos a comer, utilizando la fórmula: si alguna comida no te gusta, dale tiempo. La necesidad hacía que al final te gustara todo. Y también aprendimos, tras un discurso en perfecto castellano, en el comedor: «Que la sopa no hace maricas, que si alguien es marica seguro que no era por la sopa». Solemne proclama, pero bien sabemos todos que continuamos sin comernos la insípida sopa sin tropezones.

Aprendí que para evitar las malas costumbres, una bofetada a tiempo era efectiva, por eso nunca he fumado. Aprovecho para agradecerse a nuestro celador J. A. C. Muchas gracias. Y que practicar deporte era sano y mejoraba además de la salud, las relaciones sociales. ¡Cuántos amigos con el fútbol y cuántos buenos ratos! ¡Y cuántos sueños finalmente cumplidos! Crecer para poder jugar el «clásico» con el Patronato y jugar en el equipo de la ciudad.

Aprendí en aquellos siete años y una noche, cómo evolucionaba el transporte: nuestros celadores pasaron de venir al colegio en mula, a la moto y al coche.

Y a moverme en las redes sociales, escribiendo cartas, cuya respuesta había que esperar con paciencia, pero que compensaba por la alegría de recibirlas.

Por otra parte y en otro ambiente, el Patronato supuso un complemento importante a las vivencias de nuestro colegio ya que las diferencias eran más acusadas, al compartir las aulas con el alumnado de la Residencia Militar: el mundo rural y la gran ciudad, apellidos humildes e ilustres, internos y externos. Éramos conscientes de ello, pero nuestros profesores lograron que estas diferencias pasaran inadvertidas.

Aprendimos a convivir por lo civil y por lo militar, al compartir la actividad de las clases con las propias del entorno castrense. Y aunque podíamos acceder a sus instalaciones, teníamos envidia de los compañeros del colegio que podían ir con libertad a Ronda y participaban de un ambiente masculino y femenino, que en aquella etapa de la adolescencia no venía mal.

Más instruidos que formados, fue un periodo excepcional (1º a 6º de Bachiller y COU), donde llenamos la mochila del saber, que serviría de base para la posterior formación universitaria. Ahora tocaba seguir el Consejo de Orientación de mi tutora al finalizar COU: Magisterio y Geografía e Historia. Conocía mi vocación y además estaba en la línea de la intención de mis padres de alejarme de aquellos oficios de horas interminables.

Tras siete cursos, de nuevo emprendimos el vuelo, ahora a planetas distintos, para seguir trabajando y hacer realidad el sueño de nuestros padres que poco a poco se iba

convirtiendo también en nuestro sueño. Pero no todos volamos hacia delante. Hubo compañeros que volvieron a su primer planeta sin el preciado diploma, aunque, seguro que convertidos en hombres de provecho.

Y llegó el momento decisivo para esa generación que ya formada, estaba en condiciones de participar activamente en los grandes cambios que nos tocó vivir. Sin duda, el compromiso, tanto en el mundo del trabajo, como en la participación activa para mejorar la sociedad ha contribuido al progreso de nuestro tiempo. Sin duda unas de las generaciones más preparadas y que más ha aportado a la historia reciente de nuestro país.

Recuerdo como primer destino de trabajo, mi pueblo, para orgullo de mis padres y más tarde, mi vuelta a Ronda. En ese momento, como si el viejo planeta hubiera girado, desde la ciudad y con mi antiguo colegio al fondo, cargado de nostalgia, recordaba aquella primera tarde en soledad. Y, claro que sí, ahora podía entender, por qué se llamaba Las Delicias. Me había permitido cumplir mis sueños y el de mis padres y eso sí que producía un placer intenso en el ánimo y en los sentidos, como decía el viejo diccionario de mi maestro.

Y aquí estamos, ya muchos con la satisfacción del deber cumplido tras años de trabajo y otros a punto de hacerlo. Seguro que con los sueños heredados de nuestros padres, ahora contemplando a nuestros hijos. Y por supuesto, orgullosos de haber crecido en Las Delicias, de nuestros compañeros y de cuantos hicieron posible ese agradable y exitoso viaje.

Han sido algunos los encuentros organizados durante estos años, pero ahora tenemos mejor disposición para el reencuentro, quizás por la tranquilidad del momento, por el disfrute del descanso del guerrero y por el deseo de vernos, algunos tras 50 años y poder celebrar que continuamos formando parte del recuerdo imborrable de nuestro Colegio Menor las Delicias.

Agradecer el esfuerzo realizado por todos los compañeros para que esta celebración del 50 aniversario haya sido posible, especialmente a nuestra Junta Directiva. Espero que lo disfrutemos en un excelente clima de amistad y compañerismo, valores que aprendimos juntos.

Pasó en la calle sevilla



Marcos Vazquez Candiles

Entre las muchas anécdotas que soterradamente mantenía en la memoria voy a incorporar una que nos pasó a tres alumnos de Las Delicias.

Con el paso de los años en el Colegio hubo una aceptación de muchas de las peticiones que hacíamos los alumnos

de los cursos superiores. Recuerdo que, si las actividades a realizar estaban avaladas por el centro educativo o con la firma de alguno de los profesores, el Colegio las admitía y, comprensiblemente, participábamos de ellas. Fueron muchas las actividades autorizadas de las que pudimos disfrutar y que en otros momentos habrían sido impensables. En aquellos años el ayuntamiento de Ronda realizó la iluminación del Tajo y, aunque muy vagamente, recuerdo que uno de nuestros profesores, nos propuso ir un anochecer para ver dicha iluminación. Otra de las actividades extraescolares, con la aceptación de la dirección del colegio, fue una fiesta de despedida de curso con la asistencia de algunos de nuestros profesores. Me atropellan los recuerdos de aquella noche fantástica en la que después de terminada la fiesta acompañé a Margarita Valle y Pepi Hiraldo a Las Esclavas y cómo después de volver, Tardío y yo, al no ser hora para desplazarnos al colegio, nos fuimos a dormir a la casa del Rey Moro en la que nuestros profesores del Instituto Paco del Rio y Diego tenían alquilada la primera planta. Aquella noche y antes de dormir leímos algo mientras escuchábamos música clásica, y en mi mente rondaba la idea de lo privilegiado que estaba siendo por pasar una noche en aquella casa.

Puede que os preguntéis que a qué viene esto. Pues lo que os he contado viene a cuento porque en una de aquellas salidas para actividades extraescolares autorizadas por el Colegio recuerdo que bajábamos por la calle Sevilla Paco Arenas, Manolo Cabello y yo después de salir del Pérez de Guzmán. En aquellos días un compañero, aunque no recuerdo quien, me había comentado que una persona desaliñada y con un poco de

barba estaba metiéndose con la gente en Ronda y había llegado a golpear a alguien. A la altura de la papelería Scherman vimos acercarse a un indigente. Conforme aquel personaje se acercaba a nosotros, me daba más y más mala espina, porque coincidía con los rasgos que me habían descrito. Pero me fue imposible contarle a Paco y Manolo lo que sabía, al vernos abordados de improviso por él. Temiendo lo peor me retiré un poco mirando a Manolo que me dio la impresión de intuir o saber lo que podía pasar.

Al dirigirse a nosotros pidió algo para comer, y Paco, con todo su desparpajo y gracia, fue el primero en hablarle, entonces se ofreció generosamente para comprarle un bocadillo.

Durante unos segundos que se me hicieron eternos se entabló una tensa conversación al no querer comida sino dinero, a lo que Paco se negó. Pero justo al lado de donde nos comenzó a hablar había una tienda pequeña de ultramarinos y entre tiras y aflojas por fin accedió y allí mismo le prepararon un bocadillo que se guardó en una especie de zurrón. No quedó así la cosa ya que de nuevo se dirigió a nosotros diciendo:

—Muchachos, muchachos, ¿no tendréis un cigarrillo que darne?

A lo que Paco le respondió:

—¡Sí, hombre tenga Vd.!

Y, al ver el paquete de tabaco, de nuevo insistió:

—Muchacho, muchacho, ¿y no podrías darne unos cigarrillos para luego?

Aquella actitud del viejo le hizo cambiar la cara y lo dejó desconcertado; pero por fin reaccionó y le dijo:

—¡Sí hombre, no hay problema! Tenga Vd.

Y sacando del paquete varios cigarros se los entregó. Pero eso no fue todo. Cuando ya nos íbamos, y yo pensaba que había sido demasiado desconfiado, perdió la amable sonrisa y dijo:

—Muchacho, perdona, ¿por qué no me haces el favor completo y me das fuego?

Parecía que no podíamos desprendernos de él y Paco le contestó:

—Tenga Vd. fuego, pero es que tenemos que irnos ya porque vamos a llegar tarde al colegio.

Por su altura, Paco tuvo que agacharse para poder encenderle el cigarro, y al mismo tiempo que lo hacía, aquel hombre minúsculo, levantó la mano y con todas sus fuerzas le dio un guantazo que retumbó fuertemente en toda la calle:

—¿Pero qué está haciendo? ¿Está loco o qué? Como vuelva a darme ya verá.

No le dio tiempo a pronunciar otra palabra porque aquel individuo le golpeó de nuevo. Aquello era demasiado, indignante y humillante.

Paco, nerviosamente farfulló palabras y dijo cosas, que de haberlas llevado a cabo, él, tan grande, le habría hecho daño a tan pequeño personaje. Sin embargo, aquel viejo se reía y reía diciendo:

—Eso para que te enteres. ¿Tú me conoces de algo? Pues para que lo sepas otra vez.

Al irse el viejo, y cuando nos dirigíamos al Colegio, tanto a Manolo como a mí nos dio un ataque de risa tan grande que era imposible pararnos y que alteró aún más los ánimos de mi buen amigo Paco, que no paraba de decir:

—¡Encima vosotros reíros! eso es lo que tenéis que hacer graciosos, reíros.

Pero quien es buena persona no puede cambiar, y no sería la última vez que viese manifiestamente su generosidad.

Mi madre dando a luz y yo al balón



Antonio Luque García

Quisiera mencionar a un compañero del que guardo un especial y emotivo recuerdo. Se trata de Francisco Buzón Jiménez, de Benaoján, si la memoria no me juega una mala pasada. Fue él, quien estando y o recién llegado y totalmente ignorante sobre su ubicación, me acompañó aquella tarde del 16 de Enero de 1970 al hospital, a visitar a mi madre internada para dar a luz a mi hermana. Por cierto anecdóticamente, ¿saben dónde me encontraba cuando aquella tarde el Director, D. Luis Estrambasaguas mandó localizarme para darme la noticia? Correteando en el campo de fútbol detrás de un balón al tiempo que mordisqueaba la merienda. Siempre agradecido.

Escapada nocturna



Manuel Miramon Lopez

Cursando cuarto de bachillerato, un domingo por la noche volvíamos de Arriate al colegio después de pasar sábado y domingo en el pueblo. Durante el viaje, mi depresión adolescente fue en aumento ante la sensación de tener de nuevo que volver a mi «prisión particular» distante 6 km de mi casa, pero de la que salía solamente una vez al mes.

Al llegar, mi primo y yo, cenamos y decidí volver con mi primo y mi tío de nuevo al pueblo y escaparme esa noche del colegio. Subimos al dormitorio y simulé en la cama un cuerpo acostado colocando la almohada bajo la sábana y la colcha y tras pasar Paco lista... para el pueblo de nuevo. Era una auténtica necesidad la que tenía de pasar la noche del domingo en casa.

A las tres y media de la tarde del lunes siguiente estábamos en el estudio. Apareció Don Jerónimo y tras chirriar por dos veces una leve tos con la garganta dijo: «Vamos a ver. ¡Manuel Miramón! En mi vida había sentido más miedo que al oír estas palabras... Tierra trágame, me dije a mí mismo... «Baje usted a Dirección» me indicó Don Jerónimo. Ni que decir tengo lo acojonado y acojonado que me sentía desde el estudio hasta la dirección.

Jerónimo me preguntó por qué me había ido sin permiso y le conté honestamente los sentimientos que había sentido para tomar aquella equivocada decisión. Fue comprensivo y me dijo que no lo volviera a hacer y que no pasaría nada. Siempre que veo a nuestro querido Jerónimo me acuerdo de ese día y del acojono que pasé.

Vivencias de un celador

Marcos Ruiz Navarro

Verano de 1970. Colegio Menor San Francisco. Pregunto por don Jerónimo Cabezas:

–Soy yo.

–Disculpe, me esperaba un señor mayor. Me han informado que usted podría ayudarme con el latín y preparar la reválida de 6°.

–De acuerdo. Mañana podemos empezar.

Y aprobé la reválida.

Al verano siguiente volví a hablar con don Jerónimo, pero en este caso para trabajar como monitor en la Colonia de Las Delicias. Ese fue mi primer contacto con el Colegio. En verano la Colonia y en invierno a estudiar Magisterio a Málaga.

Septiembre de 1974 sería fundamental para mí. Trabajé por primera vez como maestro de EGB y al tiempo como educador con los cursos de Bachillerato y Maestría. Allí aprendí verdaderamente a ser maestro. Para ello, mis compañeros fueron muy importantes. Fui tutor de 4° de EGB y

Vicente de 5°. La segunda Etapa la llevaban José Manuel Ríos, Rafael García y Rafael Luque.

Los compañeros educadores fueron igualmente importantes para mí: Paco Conde, Domingo y Andrés que se incorporó un poco después.

El Colegio se convirtió en mi casa. Barrones, don Salvador, don Valeriano, Antonio el bañista, doña Isabel la Gobernanta, cocineros, cocineras y todo el personal llegamos a formar un buen equipo ¡Ah! y don Manuel el psicólogo. De todos aprendí y a todos les estoy muy agradecido.

Fueron dos años maravillosos e inolvidables. Con José Manuel Ríos formé un buen dúo a la hora de realizar decorados para las galas y demás chapuzas. Nos autodenominábamos «Pepe Gotera y Otilio». Vicente se dedicaba más al deporte y su fuerte era «la disciplina». Rafael con su melenita era «el progre» y lo recuerdo por su «intelectualidad». Con Domingo nos reíamos mucho. Su sentido del humor un tanto exotérico, su inventiva y facilidad para componer letrillas eran proverbiales. Era el encargado de los «mini cares», de su organización y puesta a punto. ¡Qué gran labor la realizada por Domingo! Tenía una moto, creo que la famosa Iso, con la que transportábamos un bidón de gasolina de 25 litros desde la gasolinera al Colegio, cual si fuera un tercer pasajero, para los minicares, ¡qué valor! Paco Conde, de entrada me resultó «gruñón», serio y distante, pero esa primera impresión se esfumó tras haberlo tratado. La formalidad y la puntualidad eran su tarjeta de presentación. Pequeño pero matón y muy respetado por todos. Andrés nos calentaba la cabeza con sus historias de cazador.

Siempre recordaré el viaje que hicimos a Burgos a la boda de José Luis Palacios, «el músico». Ya, de paso, nos acercamos a Cantabria y Asturias. Tuvimos el privilegio de visitar la cueva de Altamira, ¡la original!

Del Colegio, cómo no recordar el comedor repleto, las meriendas con pan y chocolate, el estudio, los pabellones y los dormitorios comunitarios de los pequeños o las duchas y sus problemas con el agua: ¡está fría! ¡está caliente!...

Un día fueron a instalar un timbre nuevo para despertar a los alumnos, tocábamos a las 7,30 h. y, aunque nadie se levantaba de buen grado, recuerdo a un alumno de 6° o COU llamado Bohórquez, que creo que era de Ubrique. Bueno, pues este muchacho tenía especial dificultad para levantarse y siempre iba tarde, por lo que no tuvimos otra mala idea que instalarle la campana del timbre en su habitación. A los pocos días apareció la campanita doblada, y el percutor retorcido. Por mucho que se indagó, nadie sabía nada; pero era fácil adivinar quién lo pudo hacer.

La imagen de don Valeriano saliendo a toda prisa para, en el gimnasio que había junto a los despachos donde se encontraba la televisión, oír los partes sobre la salud de Franco. Aquella imagen la tengo grabada. Un día, por Navidad, me hicieron un regalo los padres de un alumno. Mi amigo Domingo no tuvo otra cosa que hacer que ponérselo a don Valeriano en la mesa y cuando me di cuenta tuve que ir a explicarle que no era para él sino que era mío ¡qué mal trago! Las cosas de Domingo.

No recuerdo ningún problema relacionado con los alumnos. Por supuesto, ¡eran otros tiempos! Un domingo, estando de guardia,

autoriqué bajo mi responsabilidad, a que el que lo deseara fuera un rato a la feria. Pacté una hora y no volvía nadie, entonces me eché a temblar, pero justo cuando se cumplía el tiempo, desde el Colegio vi una marea corriendo hacia el mismo. Entonces me relajé. ¡No me falló ni uno!

Recuerdo el cine que proyectábamos en el salón de actos y el bar de COU, era la envidia del resto de alumnos. También tengo vivo el recuerdo de los autobuses que desplazaban al alumnado de bachillerato, y a sus chóferes: Joseíto, Zarzavilla y, no recuerdo si era Pepe o Fernando.

Unos maravillosos años en todos los sentidos. Gracias a todos y de modo muy especial a los que con su esfuerzo y dedicación hacen posibles estos encuentros.

Desde Manilva, a donde me fui después de aquella experiencia con el Colegio y donde me he jubilado, un afectuoso saludo para todos. Marcos Ruiz.

Me quedé sin el vasito de montilla



Vicente Ramírez García

La vida del internado había que romperla ocasionalmente para que el alumno cambiara de aires y disfrutara de esa dosis

de libertad, que las paredes de un internado siempre se cobran. Teníamos que, dentro de los límites que nos permitían, programar actividades y salidas del colegio para lograr ese objetivo.

En una ocasión fuimos al Llano de la Cruz, precioso paraje que se encuentra en la orilla izquierda del río Guadalcoacán. Era el mes de febrero y en «La Venta Flores» se estaban celebrando los carnavales. Como cada año, algunas personas ponían animales «a las pedrás». Pongámonos en situación y vivamos mentalmente las macabras escenas que estaban teniendo lugar en diferentes rincones: Una consistente estaca de metro y medio clavada en el suelo, un animal (gallo, conejo, gallina, perdiz, pavo...) atado por las patas al extremo del puntal, el dueño del tenderete con un buen montón de piedras recogidas en el río, dispuesto a venderlas y el gentío en cola para, desde unos diez amplios pasos, tirarle al pobre e indefenso animal y llevárselo para un arroz. Corría el año 73. ¡¡Qué tradiciones!!

Allí llegamos andando desde el colegio y se nos ocurrió hacer voluntariamente partícipes de aquel tétrico y doloroso acontecimiento a los alumnos.

¿Queréis tirarle a un conejo? Les pregunté a los alumnos míos. Sí, sí. Comentó la mayoría de ellos. Mi cartera no me permitía pagarle una tirada a cada uno, pues mi nómina de cuatro mil pesetas recibiría un significativo bocado, así que decidí hablar con el dueño del puesto, le compré el animal y comenzó el lamentable espectáculo.

Hice una raya en el suelo y todos corrieron a hacer la fila. Como casi siempre mi querido C. Sánchez se colocó el primero. Cogió la mejor de todas las pedras, la tanteó y se

dispuso para el lanzamiento. Parece que lo estoy viendo: Pierna derecha adelantada, vista fija en la pieza, varios balanceos del brazo izquierdo y...¡j Zas !!

Todos quedamos impresionados y con el corazón sobrecogido... El animal recibió una acertada pedrada en la cabeza y lo llevó al otro mundo. Abatidos y desalentados me miraron desde la fila solicitándome otra oportunidad. ¿Cómo iba a dejarles sin ella? Busqué en mi bolsillo el resto de cuartos que me quedaba, puse la línea de tiro a veinte metros, prohibí a C.S. que se acercara y comenzó de nuevo la terrible y trágica costumbre. La segunda víctima no fue alcanzada por ninguno de ellos dada la distancia a la que puse el puesto de lanzamiento.

Y... allí quedó el primitivo y rudimentario divertimento; quedó la tasquilla montada para la ocasión, abarrotada por aquella muchedumbre que presumía entre voces y risotadas de los lances y hazañas acaecidos y... quedé yo «sin mi vasito de montilla corriente». ¡Dios te libre de la «pedrá» de un zocato!

Vivencias para toda una vida



Pascual del Río Fernández

Cuando se nos pide la posibilidad de escribir sobre alguna experiencia o

anécdota de las muchas que llegamos a vivir después de tantos años en el Colegio Menor «Las Delicias», no tengo por más que hacer mención a una que pudo ser definitiva para mi futuro. Es una gran oportunidad que se me brinda en esta ocasión y no voy a dejarla escapar si este Libro ve la luz y dejarla reflejada testimonialmente en sus páginas.

Lo que a continuación voy a exponer creo que no sólo me ocurrió a mí, no fueron ni uno ni dos los casos. Lo hago en nombre propio pero también en el de otros que quizás no se les ha brindado esta oportunidad.

Si no recuerdo mal nos encontrábamos ya entrado el curso escolar 1974-75, cursaba el famoso COU, cuando me comunicaron que no había sido aceptada mi beca de residencia; ésta se había convertido en ayuda de libros y material escolar. Jarro de agua fría porque en un segundo vi truncado todo mi futuro. El cambio de domicilio por la vuelta de mi madre de Francia debido al nacimiento de mi hermano pequeño había propiciado aquella anómala situación. Me veía abandonando el colegio con escasas posibilidades de finalizar el curso.

Se iba a poner de manifiesto aquello de la igualdad de oportunidades, cómo seguir estudiando en una familia sin recursos.

De no haber mediado y apostado por mi continuidad la persona que lo hizo, seguro que el abandono de los estudios me hubiera llevado a ser un buen profesional de la hostelería, actividad que venía realizando prácticamente desde los catorce años todos los veranos para colaborar económicamente con mi familia.

Todo se lo debo a Jerónimo Cabezas, aunque igual había otras personas por detrás; la gran sensibilidad y el conocimiento que llegaron a tener de la situación de cada una de las familias de los que allí residíamos fueron fundamentales. Buscaron, sin dudar, la alternativa inmediata para que no tuviera que abandonar el colegio. Para ello se me ofreció la posibilidad de colaborar en algunas tareas del colegio como fue atender la centralita de teléfono especialmente en horas de estudio. Función ésta que nunca impidió que pudiese seguir estudiando con el mejor de los rendimientos.

La importancia de no salir de aquel ambiente ideal para el aprovechamiento académico, el compañerismo, el orden, el tiempo de ocio, etc. fue vital para mi formación integral.

Son estas las verdaderas experiencias que marcan y dejan huella para toda la vida. Sirvan pues estas palabras como homenaje de gratitud y humilde pago a tan gran deuda generada a ese grupo de directivos, educadores, administrativos y todo el personal, que no sólo nos cuidaron, sino que también nos ayudaron a muchos a ser hoy lo que somos.

Supimos devolverles algo de lo que nos dieron, respondiendo a la apuesta que hicieron por nosotros aprovechando la oportunidad de seguir adelante y acabar satisfactoriamente nuestros estudios universitarios.

¡¡¡Eternamente agradecido,
Jerónimo Cabezas!!!

Paja consummatum est



José Miramón López

Durante nuestra estancia en el colegio de Las Delicias, la gran mayoría de los alumnos entramos en la adolescencia y sentimos en nuestro cuerpo la ebullición «testosterónica» que, de forma natural, aunque sufriendo la represión moral impuesta por la religión, nos abocaba a la masturbación.

Muchos tenían fama de estar «empajillados», otros hablaban continuamente del sexo, precisamente porque estábamos reprimidos; algunos se ruborizaban cuando se les preguntaba si se masturbaban y otros iban a confesarse semanalmente con un cargo pecaminoso de conciencia por no haber superado las tentaciones nocturnas. Lo cierto era que por aquel entonces el sexo era tabú y las relaciones sexuales antes del matrimonio no estaban permitidas por la Iglesia Católica y constituían un pecado que habría que confesar. Sin embargo, ya en aquel año 1968 cuya Revolución de Mayo significó una liberación en la represión sexual, algunos de nosotros, quizá los más resueltos, comenzaban a deshacerse de rancios prejuicios y a vivir más libremente su sexualidad, y como no era fácil ser correspondido por chicas de la misma edad, en algunos casos se atrevieron a acudir a algún prostíbulo fundamentalmente en Málaga y en Ronda a casa de alguna

mujer que vendía su cuerpo y que era por muchos conocida. Sin embargo, la inmensa mayoría, aún adolescentes no salían de su propia autosatisfacción llevados por estímulos que, a toro pasado, hoy parecerían triviales.

A este propósito recuerdo a un «*tabardillo empajillado*» de Fuengirola del que solo pondré sus iniciales J.A.G.G. que se sentaba en las bancas traseras de la clase del instituto. Ha sido el personaje más habilidoso que he conocido copiándose en los exámenes. Solía poner el libro en el suelo y pasaba las hojas buscando la página concreta con tal rapidez que estoy por afirmar que lo hacía más rápido que con las manos. A ello se añadía la ausencia de miedo. Yo sentado en varios bancos más adelante, a sabiendas de lo que hacía e incluso escuchando el paso de las hojas de su libro temblaba y sin embargo él seguía tan pancho. De la misma manera y con la misma velocidad era capaz de masturbarse. No necesitaba grandes estímulos, pero había uno que era repetitivo. Nuestra profesora de Historia, que era joven y de buen ver y algo atrevida para la época usando unas falditas más cortas de lo habitual. Nuestro compañero se sentía enormemente atraído por ella que en él levantaba oleadas de «pasión testosterónica»; tal es así que no tenía reparos en contárnoslo, y decirnos una y otra vez que se la meneaba pensando en la señorita de Historia. A tal fin, antes de entrar a clase la profesora, le modificaba el lugar de la mesa y de la silla a fin de visualizar mejor los muslos de ésta cuando se sentaba.

Recuerdo un día de aquellos en que antes de comenzar la clase y nada más entrar la profesora que vestía una cortita falda

de tablas escocesas, nos dijo: ¡Que güena está! ¡Mirad que cachas tiene! ¡Esto no se puede aguantar, me la voy a menear ahora mismo! Comenzó la clase y nuestra atención a la profesora era nula, pues aunque apenas podíamos mirar hacia atrás, escuchábamos el ruido de su asiento al moverse rítmicamente. Sabíamos que era verdad, que se la estaba meneando en clase a salud de la profesora, que sí mostraba unos blancos y apetitosos muslos al cruzar sus piernas. De pronto el silencio de aquel rítmico ruido, solo perceptible por los que teníamos conciencia del mismo, cedió. Los de delante atendimos a una llamada de J.A.G.G. en forma de un siseo y disimuladamente miramos hacia atrás y vimos al tabardillo mostrando semen pegajoso entre sus dedos gordo e índice de la mano derecha. Nos costaba aguantar la risa morbosa, pero pensábamos que «*Paja consummatum est*»

Nos jugamos el bigote



Vicente Ramírez García

La actividad teatral en el Colegio Menor no era el plato fuerte dentro de las actividades culturales; para ello hubiese hecho falta que la Caja de Ahorros contratara a un especialista tal y como hacía para las conferencias, la música, la religión, la medicina,... Nos limitábamos a ver el

programa de TVE «Estudio 1» o preparar con algunos alumnos, y de manera esporádica, alguna que otra obra de teatro.

Correría el año 74 cuando formó parte del equipo educativo el amigo RGC y preparamos una comedia que quisimos llevar fuera del centro. Se nos ocurrió llevarla a Arriate y me encargué de hacer las gestiones. Fui a hablar con la Superiora del «Asilo de ancianos». Pretendíamos conseguir algún dinero para donarlo a la causa de los presos políticos de Málaga y tuve que echarle una mentira piadosa y noble a fin de lograr el precioso patio que tiene el edificio y poner en escena la obra. Le argumenté que los beneficios que hubiera por la venta de entradas irían destinados a los negritos de África. La disponibilidad de las instalaciones la habíamos conseguido.

Al día siguiente me fui a las Casas Nuevas, preciosa barriada de Arriate, en donde la mayoría de sus vecinos militaban clandestinamente en el PCE. En un renombrado bar de allí informé y expuse el objetivo que pretendíamos.

El éxito de público fue rotundo, se hubiese podido colgar el cartel de «no hay entradas». Pasados unos días fui a agradecerle a la monja el favor que nos había hecho y en el transcurso de la conversación me dijo que le había extrañado mucho que las Casas Nuevas en pleno hubiera bajado a la residencia para presenciar la representación. Le dije: «Madre, fui a hacer propaganda y les expuse el fin tan noble al que irían dedicados los fondos recaudados; la generosidad de estos vecinos ha sido evidente, aunque en otros actos religiosos no se les vea con frecuencia»

Me quedó siempre la duda si en algún momento descubrió la intencionalidad de aquel acto. Nosotros logramos el objetivo humanitario que nos habíamos propuesto y seguimos a pie juntillas el refrán: «Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha».

Siendo aquellos años, perteneciendo a un colegio privado, buscando unos objetivos con tintes políticos semiclandestinos y etc.... Otra vez más, «nos jugamos el bigote»

La falomanía de un puber que quería ser mayor



José Miramón López

Durante una de las tan recordadas excursiones del colegio, aquella que nos llevó hasta Lourdes, lugar donde se encontraba en mausoleo de los marqueses de Moctezuma un alumno cuyo nombre no recuerdo, pero sí que era un tabardillo, un «buen elemento», uno de esos adolescentes que a esa edad tratan de parecer mayores de lo que son, queriendo aparentar ser más hombre. De ahí que no era extraño que a los doce años se le viera fumar con frecuencia, incluso tomar alguna cerveza o mostrar cierta rebeldía contra las normas tratando de demostrar cierta valentía ante los demás. Lo cierto es que allí durante aquella excursión trató, mediante una maniobra, aparentar ser más hombre que los demás.

Por aquel entonces la mayoría éramos púberes, si acaso los más adelantados comenzaban a tener ciertos «pelillos del diablo» en las axilas y el pubis, cuando la mayoría aún no teníamos ninguno. En concreto, aquel jovencito aún no tenía ni un vello en el pubis y por tanto sus genitales eran acordes con su edad. Nunca supe cómo obtuvo la información de que disponía y que nos trasladó a un grupo de cuatro o cinco de los compañeros que jugábamos por los alrededores del río. Se acercó y de forma un tanto oculta nos dijo al oído: ¿Queréis tener una polla grande? Nosotros asombrados no fuimos capaces de contestarle. Supongo que sí lo deseábamos dado el tamaño irrisorio de «pitillos púberes» que poseíamos acorde con nuestra edad. Os voy a decir lo que tenéis que hacer, nos dijo indicándonos que nos alejáramos del río. Nos llevó a un lugar donde había cantidad de «caldo borriquero», ese espinoso verde con grandes púas y redondas flores rosas. Arrancó uno y lo troceó y posteriormente entre dos piedras machacó el tallo que producía un líquido de aspecto lechoso. Acto seguido con el dedo impregnado de aquella blanquecina sustancia se untó el pene desde su raíz hasta el glande. Nosotros, aquellos que le vimos hacer semejante maniobra, salimos huyendo algo escandalizados. Aproximadamente una hora después nos llamó de nuevo y nos mostró su pene que había aumentado hasta un tamaño cuatro o cinco veces mayor que el original, eso sí, estaba muy rojo y a punto de estallar. Quedamos impresionados y el efecto le duró varios días en que, mostrándoselo en el dormitorio a todos los que le parecía, estuvo alardeando y presumiendo de polla grande, eso sí, aunque roja como un chorizo. ¡Valiente tabardillo!

Un agradecido recuerdo



Sebastián Naranjo Sánchez

Soy Sebastián Naranjo Sánchez, estuve en las Delicias desde enero de 1972 cuando llegué procedente del Colegio San Francisco hasta junio del 1974. Hice arquitectura en Sevilla y cuando terminé estuve trabajando como profesional libre asociado entre otros con el también compañero «delicioso» Paco Retamero, durante diez años y desde 1991 soy arquitecto municipal de Ronda.

En las Delicias, el compañero con el que mejor relación tuve fue con mi gran amigo Leoncio, del que quiero recordar cómo, cuando casi nadie conocía a Camarón, él era su fan número uno y a menudo me cantaba aquellos tangos y bulerías del que sería la mayor figura del flamenco.



Quiero contar una anécdota para agradecer a Jerónimo y a Frutos Barbero lo que hicieron y nunca se lo he agradecido.



Mi padre fue emigrante en Alemania y estando yo en las Delicias volvió a Montejaque y compró una huerta en la Indiana. Allí se llevó a mi familia y estuvieron trabajando para poder tirar a duras penas para adelante, pero al cabo de un par de años ya la cosa se hacía imposible.

Antes de Semana Santa de 1974, cuando había que hacer frente al tercer pago del curso, mi padre me dijo que tenía muy complicado reunir lo que costaba el último trimestre, por lo que decidimos que hasta final de curso lo hiciera subiendo todos los días desde la Indiana. Así se lo comenté a Jerónimo, quien me dijo que ni pensarlo, que no lo comentara, que él iba a ver qué podía hacer. A los pocos días me dijo que lo había hablado con Frutos Barbero y que habían acordado que no pagase nada el último trimestre, que no podían permitir que pusiera en peligro el curso. Desde aquí quiero dar las gracias a Jerónimo a Frutos y a quien interviniera en aquella decisión, que sinceramente me ayudó a conseguir unas buenas notas y la beca con la que pude irme a hacer arquitectura a Sevilla.

Un muchacho algo extraño



José Miramón López

Conforme pasaban los cursos, era habitual que se incorporaran compañeros nuevos que para nuestro grupo, ya integrado, eran desconocidos. Después, en mayor o menor o menor tiempo, se integraban y se convertían en uno más de nuestra gran familia colegial. Sin embargo, durante ese periodo de adaptación era inevitable el escudriñamiento que hacíamos de su persona con preguntas y siguiendo de cerca sus primeros pasos para elaborar nuestro propio juicio.

Con tal motivo quiero recordar a un compañero muy peculiar, desgraciadamente fallecido, que se incorporó para cursar el 5º curso de Bachiller procedente del bajo Guadiaro, no recuerdo bien si de San Pablo o Jimena de la Frontera. Se trataba de Juan Antonio Álvarez, que a la postre llegó a ser veterinario, incluso en el final de su vida paciente mío. Puedo hacer pública esta historia porque, como recordaréis, era afable, risueño y divertido y para nada se sentiría molesto con ella, sino todo lo contrario, emitiría una de sus características carcajadas al recordarla.

Decía que era peculiar porque tenía hábitos y costumbres no habituales. Recuerdo

que era un empedernido lector, pero solo de novelas del Coyote, aquellas que hacían referencias a las refriegas del Oeste americano, muy relacionadas con la invasión mejicana. Poseía una gran colección de ellas que a veces prestaba y era cierto que pasaba horas leyéndolas, robándose las con frecuencia al estudio, de tal manera que llegó a emplear el lenguaje de los pistoleros. Sí, no hablaba del campito de su padre, sino del rancho; tampoco de las vacas sino de las reses, ni empleaba el uso de la peseta para denominar precios, sino el de dólares. Vivía sumergido en el Oeste americano en vez de la serranía de Ronda. Recuerdo que no le gustaba para nada el deporte, y una vez que pasaba cerca del campo de fútbol y nos faltaba uno para conformar un equipo le invitamos a jugar de lateral derecho, con la fatalidad que al tratar de golpear la primera pelota que le llegó se cayó rompiéndose la pierna. Estuvo escayolado desde el tobillo a la ingle más de dos meses.

En relación con la extrañeza que generaba cualquier alumno nuevo que se incorporara al colegio, en él se hacía mucho más acusada al tener un hemangioma congénito a nivel de la región frontal que llamaba poderosamente la atención; más aún entre nosotros, chiquillos que desconocíamos cuál sería su origen, si una enfermedad, si un accidente, si un problema al nacer o un defecto congénito. Lo cierto y verdad que nos resultaba extravagante al verlo con esa gran mancha tan oscura que le ocupaba más de media frente. Ello, sin duda, acrecentaba la curiosidad nuestra hacia el personaje, que se vio incrementada durante los primeros días de clase en el instituto.

Coincidiendo con eso primeros días, cuando aún no le conocíamos ni

sabíamos de su procedencia ni de sus conocimientos, estando el profesor de historia explicando en mundo egipcio nos manifestó que la agricultura que se producía en las orillas del río Nilo algunos años era más fértil que otros y de inmediato nos lanzó una pregunta: ¿Sabéis el por qué? Hubo mutis en el foro pues ninguno de nosotros sabía que en aquellos años que el río sufría crecidas y anegaba las orillas transportaba gran cantidad de limo que era un abono natural. Sin embargo, aquel compañero tan extravagante del que ninguno conocíamos su procedencia ni su historia, levantó la mano queriendo contestar al profesor. Todos nos quedamos sorprendidos, incluso el docente, quien no podía mirar con ojos extraños, igual que nosotros, al alumno cuya mancha, al verla lejana podría simular la cortina negra con el que camuflaban los piratas tuertos su ojo vacío. Para contestar lo hizo levantándose, con parsimonia, demostrando cierta seguridad en sí mismo que nos dejó boquiabiertos. Todas nuestras miradas se centraron en él, allá de pie, cuando sin titubeo comenzó a hablar y dijo: «*La causa de que el Nilo sea más fértil unos años que otros se debe al estiércol de los hipopótamos que unas veces cagan más que otras*». Os podéis imaginar lo que supuso aquella respuesta. El profesor, Don Luís Lobos, algo serio por excelencia, se iba a mear en el sillón, y a todos nosotros nos dio un irreprimible ataque de risa. Sólo él, que permanecía de pie, no se reía; nos miraba y nos decía: ¿Qué pasa? Yo no le veo la gracia. No tenéis ni idea. Nuestro compañero, al que después aceptamos como «uno de los nuestros» ya prometía maneras y apuntaba a lo que llegó a ser, un excelente veterinario.

Al final, el lute andaba cerca



Antonio Pelayo Baca

Todos conocemos en este país a Eleuterio Sánchez, «el Lute», quien estuvo en la cárcel por robar tres gallinas y más tarde estar implicado en un asesinato tras un atraco a una joyería. Condenado a 30 años de prisión, estaba ingresado en el Penal del Puerto de Santamaría, dándose a la fuga en la Nochevieja del 1971. Lo buscaban por Sevilla y Málaga, difundándose el rumor que estaba en las cercanías de Ronda, Arriate y por los alrededores del Colegio, lo que produjo durante unas semanas, un miedo y una angustia entre los alumnos, que no finalizó hasta que llegó la noticia de que se movía por otros lugares.

Más tarde conocimos su historia, en 1981, salió de la cárcel con sus estudios terminados insertándose en la sociedad y convirtiéndose en un ejemplo para muchos. El cine la plasmó en las películas «Camina o Revienta» y «Mañana seré libre».

Hace pocos años, al terminar la jornada laboral, en el aparcamiento del Instituto, en Huelva, me dirijo a coger el coche, cuando observo un señor alto, con bigotes, de nariz pronunciada, cuya figura me produjo un fuerte impacto y, no pudiéndome contener,

exclamé: ¡Es el Lute! Inmediatamente escuché las risas de una compañera, que lo confirmó. Me lo presentó como su pareja y no pude evitar, contarles nuestra experiencia en el Colegio. Sonriendo, se despidió y extendiéndome la mano, me dijo: «Ese era el Lute, ahora soy Eleuterio». Ahora, sí que había estado cerca.

Las cosas del destino



José Miramón López

No ha sido con motivo de los reencuentros de antiguos alumnos del colegio de Las Delicias, las únicas veces que rememoramos aquellos tiempos. Unas veces por encontrarnos con algún amigo de aquella época, otras por visitar algún pueblo donde vive algún delicioso, otras por comparar parte de la educación que recibimos con la que se imparte actualmente...etc. Sin embargo, he de manifestar que en mi caso particular el colegio lo he tenido siempre muy presente por múltiples razones. La primera de ellas porque desde 1982, tras acabar la Licenciatura de Medicina y Cirugía comencé a trabajar en la Clínica Sagrada Familia construida después de la ampliación de nuestro colegio, que en una segunda fase fue ampliada ocupando parte del mismo que se añadió al centro hospitalario. Podéis comprender cuales han sido mis sensaciones al pasar

por el laboratorio del nuevo hospital sabiendo que un día fueron nuestros dormitorios. Buscaba y encontraba la ventana correspondiente a la que era mi habitación y pisaba ese suelo que durante un tiempo ocupó el mundo privado de mi adolescencia. Cuántos sueños habían sido fraguados por mi mente en aquel lugar. Cuántas preocupaciones y sacrificio por aprobar. Cuánto dolor en mi corazón por sufrir aquel primer amor del instituto. Toda una parte de mi vida en apenas cinco metros cuadrados que ahora formaban parte de un espacio diáfano lleno de máquinas, botellas, probetas y ordenadores. Durante más de treinta años habré pasado por el laboratorio cientos de veces y nunca dejé de pensar en ello. De la misma manera que para acudir al hospital entraba a diario por la entrada principal situada en la carretera de El Burgo donde el cervatillo nos dio la bienvenida allá por 1968, y me ha seguido dando los buenos días cada mañana laboral durante décadas.

Pero hay más cosas que mi trabajo en el hospital me llevó a vivir. Tratar como médico a algunos de mis antiguos profesores. Recuerdo una nochebuena que estaba de guardia y tuve que atender a mi admirado profesor de biología Don José Medina de una hemorragia digestiva grave, o cómo hube de atender en sus últimos momentos de vida a nuestro querido profesor de filosofía Don Ramón Corrales. Igualmente asistí en su agonía a Don José Parra, aquel vicario que en 1968 nos impuso el sacramento de la Confirmación junto a nuestro padrino Don Juan de la Rosa. Pero aún más emotivo y doloroso en mi vida profesional ha sido asistir como médico las graves dolencias de familiares de antiguos compañeros de Las Delicias y a ellos mismos. A botepronto

se me vienen a la memoria mi paisano Salvador Domínguez Hoyos o José Antonio Álvarez, ambos fallecidos a consecuencia de la enfermedad que les generó el hábito tabáquico. Realmente el mundo da vueltas y vueltas y a mí me sacó del colegio para llevarme a la universidad y después me trajo al mismo lugar para ejercer como médico. Según ello podría manifestar sin equivocarme mucho que soy el más «delicioso» entre los «deliciosos», máxime si tenemos en cuenta que también impartí durante más de veinte años clases en la Escuela Universitaria de Enfermería que se instaló en nuestro antiguo colegio y utilizaba las mismas aulas que en su día me acogieron en 1968. ¡Las cosas del destino!

¡He tenido carta!



Antonio Pelayo Baca

En aquella época, hace 50 años, el único medio para salvar la lejanía con nuestros padres, eran las cartas. Con ella, trabajábamos la expresión escrita y terminamos dominando el que sería nuestro primer instrumento de comunicación. Incluso, al volver al pueblo, presumíamos de ello y ayudábamos a familiares y vecinos, que no habiendo tenido ocasión de aprender ni a leer ni a escribir, tenían necesidad de contactar con sus seres queridos.

COEFICIENTE DE CONDUCTA

Puntos	Observaciones	Fecha
10	Comenzó del Curso	1.º Octubre
9	Haber a el del macho	2 Dic. 82
8	mal comp en Matem.	5 Dic.
7	Albros ter. a. a. Judo	22 Ene
5	Jme a casa sin permiso	7 Ene
4		
3		
2		
1		
0		

NOTAS: El alumno debe llevar siempre consigo esta tarjeta. Su pérdida será sancionada con DOS puntos de coeficiente. A petición de cualquier Profesor, el alumno entregará su tarjeta, que podrá ser retenida y entregada al Jefe de Estudios para aplicarle la justa sanción que merezca su conducta.

Ronda as de octubre de 1969

Queridos padres me alegro que a la llegada de este es encantado bien. Nuestra por aquí todos bien y mamá es para decirte que aquí todos seguimos bien como el año pasado, pero ahora ya más cosas que el año pasado, ahora hay 100 y el año pasado 90 niños. Mamá mandarme lo más pronto posible unos catechismos nuevos que me hacen mucha falta que el director dice que él no sabe que te lo mande a decir a tu mamá ya tengo libros, todo lo que me hace falta que le pague yo mande una lista para un Calipso lo pague a un novata lo que sea.

Bueno mamá por ahora no tengo más que contarte muchas cosas a la Rosa, a Juan y al niño aquí, aquí los de el calle María y la Carrera Blanca y sin más que decirte ~~me~~ se acabó de de la tin hija que me te olvida y lo es.

Antonio Joly



C.D. RONDA. TERCERA DIVISION. GRUPO IX. 1981-82.
 DE PIE: SÁNCHEZ, SOLÍS, PELAYO, FAUCHO, MÁRQUEZ Y LAGOS.
 AGACHADOS: CRESPO, JOSÉ LUIS, PESO, SALVURY Y SANTOS.
 C.D. RONDA: 3 (PELAYO, SALVURY Y LAGOS); ATLÉTICO MARBELLA: 0

La técnica era sencilla: tras poner el lugar y la fecha, venía el saluda: Queridos padres, me alegraré que a la llegada de ésta os encontréis bien, nosotros por aquí todos bien G.A.D.; después contestabas el contenido de la carta anterior: Bueno, de lo que me dices de.., tengo que decirte que; a continuación realizabas tus deseos y peticiones: Mamá, necesito.. y también quiero que....; terminabas rogando un saludo para el resto de la familia y la despedida final: Y sin nada más que poderos contar, se despide vuestro hijo que mucho os quiere y lo es..

Una vez enviada y franqueada, con su sello correspondiente, 1 peseta para la provincia y 2 para el resto de España, venía el tiempo de larga espera, que a veces era de varias semanas. Cuando pensabas que llegaba el momento de recibir la respuesta, la tensión aumentaba al repartirlas en el comedor. La expectación, dadas tus prisas, normalmente terminaba con la decepción y continuaba la espera. El recibirla, siempre era un momento de explosión y felicidad. ¡He tenido carta!

La llegada de los nuevos medios de comunicación, la mayor frecuencia de las visitas de nuestros padres, fue debilitando su uso y el teléfono la fue sustituyendo. No obstante, nunca perdió su papel en nuestras relaciones y, aunque dejaras de utilizarla para los padres, una carta a la amiga o a la novia y la emoción de recibirla, siempre era una práctica «deliciosa». ¡Nuestro homenaje para ella!

La muerte de franco y los fugados



Paco Melgar

En los años que estuve en Las Delicias fueron momentos muy importantes en la historia de España. Siempre me acuerdo de las noches que esperábamos en el salón de juegos que por la tele pusieran el parte del «Equipo médico habitual» sobre el estado de salud de Franco. Y como durante ese tiempo siempre había alguien por la noche de guardia escuchando la radio, por eso el 20 de noviembre todos nos enteramos al momento de la muerte de Franco y por el jaleo que se organizó con la noticia también se enteró el celador que creo que era Paquito Conde.

A continuación quiero contar una anécdota más personal y simpática:

Cuando empecé sexto, nos daban en el colegio una habitación individual y la situación de la mía era especial ya que la ventana de mi daba a la clínica y justo a un muro muy fácil de saltar. Entonces, cuando alguno tenía que salir del Colegio a horas intempestivas por motivos diversos (autobuses, ferias, etc.) me despertaban para pedir permiso, darme las gracias y a saltar. Pero bueno si esto fuese en su momento delito por colaborar en la fuga de alumnos, supongo que

habrá prescrito. Por cierto si alguien cuando lea esta anécdota es uno de los fugados a ver si me invita a una copa.

Uno es de donde ha hecho el bachillerato



Antonio Morales Benitez

El escritor Max Aub decía que nuestra pequeña patria es ese lugar donde hemos cursado el bachillerato. Ciertamente son unos años importantes, que dejan huella y con toda seguridad los más recordados. Un punto de referencia en nuestras vidas. Un período en el que todo es verdad: los amigos, los amores. Años en los que se conforma la personalidad de cada uno. Entramos como niños que quieren ser adultos y salimos como adultos que no están seguros de querer dejar de ser niños.

En mi caso, llegué al Colegio Menor Las Delicias con 15 años y me fui con 18. Un período, entre 1973 y 1976, por otra parte, decisivo también en nuestra historia reciente. Apenas tres cursos, pero siempre que vuelvo la vista atrás buscando ese rincón, esa aldea interior a la que siempre queremos volver, porque rápidamente nos reconocemos en ella, quizá buscando lo que somos, vuelvo a Las Delicias. Mis pensamientos me llevan inevitablemente allí como si fuera el principio de todo

Parece que fue el pistoletazo de salida de todo lo que hemos sido después. Años de descubrimientos y despertar de inquietudes. Por eso mis recuerdos siempre me llevan a ese lugar donde nos hicimos mayores. No sólo por los estudios que cursamos, que nos hicieron descubrir las diversas disciplinas y que despertaron muchas vocaciones. También fue una escuela de convivencia. Allí estaba la gente de esa región cultural que es el entorno de Serranía de Ronda, de la que forman parte localidades de varias provincias andaluzas, muy próximas y a la vez alejadas unas de otras. Porque al secular aislamiento exterior de esta zona habría que sumar, en muchos casos, también la falta de contactos internos entre los propios serranos. Pese a que los habitantes de la Serranía participan de una cultura material y de una historia común. Y en este contexto, es difícil encontrar ejemplo mejor que Las Delicias para poner en relación a la juventud de unos pueblos. .

Por otra parte, en una zona también históricamente desfavorecida, era la primera vez que se hacía realidad el acceso a la educación de muchos que de otra manera no hubiesen podido formarse. Quizá también su primera generación cosmopolita.

El Colegio Menor nos acercó a otros campos de la cultura en el sentido más amplio. No puedo olvidar las sesiones de cinefórum. Allí descubrí a directores como Elia Kazan, Ingmar Bergman, Berlanga, Bardem y Martín Patino. Siempre que vuelvo a ver esas películas en blanco y negro no puedo evitar recordar aquellos pases de unas películas

que entonces de ninguna otra manera hubiese visto. Como la pasión que sentimos por la música gracias a aquel inolvidable coro de la Caja. También los libros que algunos compañeros y profesores nos hacían llegar y nos orientaron sobre futuras lecturas que tanto hicieron para abrirnos a otros caminos y otros mundos. Así como unos ejercicios espirituales que organizaron por primera vez en Las Delicias en sustitución de otros que se hacían en el centro educativo que teníamos asignado. Aquel año trajeron a cristianos de base de Málaga que trabajaban en barrios obreros. Un mundo real que desconocíamos y muy importantes por lo que significaba de revelación durante aquellos años finales de la Dictadura. En mi caso trajeron por primera vez aire fresco a estos encuentros espirituales que se repetían cada año al presentarnos un horizonte que contribuyó a despertar una conciencia social que teníamos bastante adormecida. Todo ello en un momento tan importante como es la adolescencia.

Las Delicias fue, en suma, ese lugar en el que nos hicimos mayores. No sólo el recinto donde cubrimos con éxito una etapa educativa, sino ese lugar significativo cargado de recuerdos, de sólidas amistades, de compañeros de clase, de todas las anécdotas que llevamos en la memoria, de la relación, no sólo profesional, sino también humana, con aquellos educadores que quisieron jugar un papel activo en nuestra educación.

Un grupo de amigos al terminar cada curso, como un ritual festivo, nos empeñábamos en regresar caminando

hasta nuestras casas, en nuestro caso una travesía de unos 50 kilómetros, que nos separaba de Ubrique, y que hacíamos a patita durante toda una noche. Lo hicimos un año más al terminar el último curso de bachillerato. Pero en aquella ocasión la despedida iba a ser para siempre. Ese atardecer de junio de 1976 dejábamos muchas cosas atrás. Todas aquellas vivencias de aquellos años decisivos. Durante muchos años me he preguntado qué habría sido de cada uno de aquellos amigos, compañeros y educadores que nunca más volvería a ver. En algunas ocasiones mis pasos me habían llevado hasta algunos de aquellos pueblos recónditos de la Serranía y procuraba preguntar a algún vecino, casi siempre sin resultado porque en muchos casos ya ni siquiera vivían allí.

Sin esperarlo ahora la vida nos ha brindado la oportunidad de recuperar una parte de aquella memoria. Durante los primeros encuentros de antiguos alumnos enseguida descubrimos que lo que habíamos tenido décadas atrás no había sido una despedida, sino un hasta luego. Porque rápidamente se recuperaron amistades y complicidades que se habían interrumpido hacía más de cuatro décadas. Como si retornásemos de un largo periodo estival para comenzar un nuevo curso. Porque nos reconocemos fácilmente en aquella memoria colectiva. Enseguida se formaron numerosos grupos en las actuales redes sociales para recuperar el tiempo perdido y ese contacto se tornó diario y cotidiano. Como si el tiempo no hubiese pasado. Definitivamente tenía razón Max Aub, uno es de donde ha hecho el bachillerato.

El talento de un artista

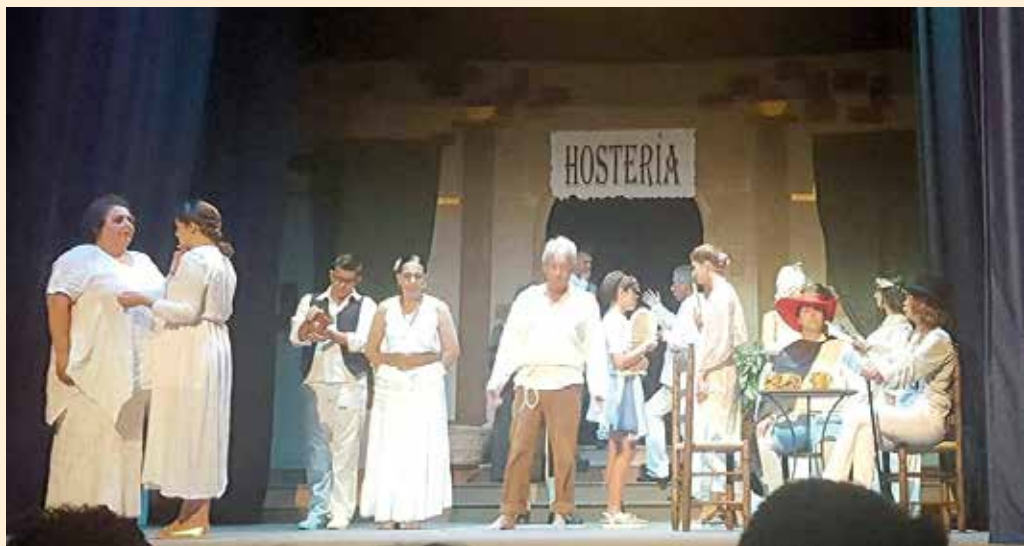


José Miramón López

Como se ha mencionado tantas veces, fuimos una generación que vivió en su juventud la caída de la dictadura franquista y el periodo de transición hasta la democracia. Por ello y, aunque por nuestra edad y desconocimiento aún no teníamos un auténtico espíritu crítico para enjuiciar la política, sí presenciábamos por televisión aquellos últimos coletazos del régimen franquista, especialmente cuando se hacían discursos por parte del jefe del estado de forma multitudinaria en la Plaza de Oriente.



Los alumnos más veteranos, aquellos que ingresamos a finales de los sesenta, recordamos varios discursos de Franco desde el balcón del Palacio real a la multitud concentrada y enfervorizada por los alientos del régimen. Aquellas imágenes aún permanecen en nuestra memoria de adolescentes; eran en blanco y negro, pero totalmente dirigidas y mediatizadas para su impacto por los realizadores de TVE y NODO de aquella época. Recuerdo que fruto de ello hasta los niños estábamos familiarizados con las puestas en escenas de los mismos. Desde su comienzo con la entrada en el balcón del jefe del estado hasta su final



con la clásica despedida de España: ¡UNA!, España: ¡GRANDE! y España: ¡LIBRE!

En el año 1971 presenciamos uno de aquellos discursos (el último del 1 de Octubre de 1975 en la Plaza de Oriente la mayoría de los colegiales veteranos estábamos en la Universidad) con motivo del homenaje al 35 aniversario de Franco en el poder. Como cabría esperar aquello fue una exaltación del régimen que contó con la presencia del príncipe Juan Carlos y su esposa la princesa Sofía. De todas las frases, por otra parte muy repetitivas entre unos discursos y otros, siempre salían aquellas que hacían menciones a conspiraciones masónicas o comunistas, las que señalaban que el enemigo intenta dividirnos...etc. pero dejó una muy patente: «Mientras Dios me de vida y claridad de juicio seguiré empuñando en timón del estado», que aún redunda en mi memoria.

Todo lo anterior no es sino una reseña histórica y en absoluto un análisis político. Me libro de expresar mis ideas y respeto, en lo posible, la de todos los demás. Ha sido una simple introducción para hacer un recordatorio de la genialidad y el talento de uno de nuestros compañeros, Santiago Ruiz Vicente, que con su natural vocación artística y teatral, días después tuvo una actuación espontánea y memorable que la mayoría recordamos.

Efectivamente, días después del discurso, creo que era sábado al mediodía, cuando jugábamos en la explanada antes del almuerzo, Santi por iniciativa propia, aquella que la dio su inspiración y vena artística, subió al primer piso. Allí, en el pasillo fuera de los dormitorios que daba al exterior, donde a veces ensayábamos el coro o tocábamos la guitarra, abrió

una de las ventanas situadas encima de la escalinata de la entrada y llamó nuestra atención. Con su capacidad de liderar masas, como si fuera el flautista de Hamelín, de inmediato nos congregó a un gran número de chiquillos en la explanada mirando hacia la ventana desde donde nos hacía señales. Y ahí comenzó su auténtica genialidad, afloró la espontaneidad artística que recorre sus venas desde niño, cuando pronunció sus primeras palabras imitando de forma magistral la voz y el acento de Franco: ¡ESPAÑOLES!, ¡ESPAÑOLES TODOS!... y siguiendo su improvisada actuación los que estábamos presentes también nos convertimos en actores interactivos y no le dejamos continuar su discurso, pues al igual que ocurría con el de Franco, todos al unísono comenzamos a gritar: ¡FRANCO, FRANCO, FRANCO...! Entre risas y jolgorio, Santi, actor y director de escena, hacia los movimientos y los gestos con las manos propios del generalísimo para pedir silencio a la masa enfervorizada... Continuó su discurso con: ¡ESPAÑOLES! ¡ESPAÑOLES TODOS!... y ahí se inventó un texto corto que no logro recordar, pero que fue interrumpido por nuestros aplausos: ¡FRANCO, FRANCO, FRANCO...! Recuerdo que lo iniciaba con una palabra, algo así como: ESPAÑOLES QUE MEAIS.... Fueron unos minutos donde casi todos los alumnos del colegio se concentraron en la explanada... al final se permitió hacerlo como el dictador diciendo: ¡ESPAÑA!... y todos contestamos ¡¡¡UNA!!! , siguió de nuevo con. ¡ESPAÑA!... y de nuevo la masa enfervorizada y entusiasmada contestó: ¡¡¡GRANDE!!! Y finalmente: ¡ESPAÑA! Y todos en un grito aún más intenso y prolongado dijimos: ¡¡¡¡¡LIBRE!!!!!!

Ante aquella concentración espontánea de los colegiales que gritaban ¡Franco, Franco, Franco...! acudieron un par de celadores que cuando descubrieron lo que allí se estaba celebrando no pudieron reprimir su risa y se aunaron a nosotros gritando igualmente: ¡Franco, Franco, Franco...!

Santiago Ruiz Vicente, Santi para todos, fue y sigue siendo un gran amigo mío. Actualmente es director de teatro en el área de cultura del Ayuntamiento de Casares. Desde entonces apuntaba maneras y derrochaba talento artístico. Basta la muestra de la anécdota anterior, en la que no solo fue capaz de dirigir y actuar, sino que nos hizo participar activamente en aquella escenografía montada espontáneamente y al azar por alguien con un talento innato por el que siempre sentí una enorme admiración.

El marcador contemplaba un rotundo empate a cero, cuando el árbitro del encuentro, tuvo la osadía de pitar falta dentro del área a favor del equipo Colegial en el minuto 44 de la 2ª parte (Recordar que las confrontaciones de ambos equipos no desmerecían para nada a las disputadas por R. Madrid y Barcelona de la época), el encargado del lanzamiento: Juan Dorado Jiménez, que con una pasmosa tranquilidad se dirigió al esférico y cogiendo carrerilla... ¡Zasss!, resbaló justo al impulsar el balón con tan buena suerte que llegó a propinar en su caída un puntapié uñero que desconcertó totalmente al portero monterverdino. Pasando a ser conocido como el primer «para-resbalón potrero» de la historia futbolística.

El encuentro terminó con el resultado de 1-0 entre las protestas del equipo rival y el jolgorio de los Deliciosos.

El resbaladizo penalti



Mauricio Jiménez Palops

Corría la temporada futbolística 1974-75, encuentro entre los equipos Aguas Monteverde y el colegio de Las Delicias, bajo un día gris, lluvioso y muy desapacible, donde el terreno de juego del campo municipal de Ronda era más propenso a un partido de waterpolo que al balompédico deporte.

Lección de vida



José Miramón López

Al día de hoy y a pesar de los años, aún recuerdo una historia vivida en el colegio que me emociona y que me sirvió de lección a lo largo de toda mi vida. Resulta que cuando llegué al colegio a pesar de mi timidez, poco a poco hice amigos. Me costaba, entre otras cosas por tener cierto complejo en relación con mis dientes mal dispuestos

tras mudar los de leche que afortunadamente iban corrigiéndose con un pequeño aparatito que disponía de un alambre corrector que me pusieron en Madrid y que fue la primera ortodoncia que llegó a la serranía de Ronda. Yo trataba de disimularlo cerrando la boca, pero aun así eran inevitables las preguntas curiosas de mis compañeros, lo que me retraía a la hora de relacionarme. Aun así entablé una buena amistad con un muchacho de mi edad, igual de tímido que yo, llamado Mariscal Bautista. Era originario de Espera, muy inteligente, de tal forma que llegó a ser profesor de Matemáticas. En algún momento existió entre nosotros cierta competencia, propia de chiquillos, en los estudios que nunca llegó demasiado lejos, pues si a él se le daban mejor las matemáticas, a mí se me daba mejor la biología. Por el contrario, aprendimos y nos ayudábamos mutuamente de forma solidaria con los problemas y deberes que nos ponían desde el instituto. Sin embargo en cuarto de bachiller, cuando aún no llevábamos dos años juntos la amistad se rompió. Reconozco que quizá la culpa fue mía al no admitir un mote que me habían colocado algunos. Fue a consecuencia de una bonita chaqueta que me habían comprado mis padres cuando apenas tenía doce años. Puesta resultaba demasiado elegante quizá para algunos, de manera que la crueldad infantil se descargó contra mí diciendo que parecía un hombrecito y de ahí me apodaron «Tito» algo que yo no soportaba de buen grado. Así aquellos que querían reírse de mí y sonrojarme o cabrearme solo tenían que decirme «tito». Pero nada me dolió más que mi amigo, aquél que yo sentía más cercano, en una ocasión en grupo, rodeado de aquellos que se jactaban conmigo, comenzó a decírmelo igualmente. Desde aquel momento no le volví a hablar nunca más durante el resto de los años hasta la noche antes del último día del fin de curso

de COU, el día antes de las vacaciones, justo desde cuando no nos vemos y me encantaría que acudiera a nuestro 50° aniversario.

Estuvimos casi la mitad del cuarto curso, quinto, sexto y COU sin hablarnos. Yo consideraba que era culpable y, aunque en el fondo siempre tuve ganas de que volviésemos a recuperar la amistad, no fui capaz, por orgullo, de dar el primer paso para la reconciliación. Tampoco él fue capaz de reconocer culpa y quizá consideró que el hecho en sí no era motivo para distanciarse. Lo cierto y verdad es que mientras más tiempo pasó menos probable resultaba avenirse. Yo no solo lo apreciaba, sino que también lo admiraba por ser un buen estudiante y buena persona, pero un orgullo mal entendido frenó cualquier acercamiento. Recuerdo que a veces nos encontrábamos en situaciones donde por fuerza estábamos cerca el uno del otro, pues éramos del mismo curso y de la misma clase. Incluso alguna vez tuvimos que trabajar juntos en grupos. Sin embargo, nada facilitó que uno de los dos cediera. Para mí conforme pasaban los años más lo lamentaba. Con el tiempo pienso que nos faltó un tercer amigo común que hubiera mediado y arreglado aquel desencuentro. De alguna manera yo lo deseaba porque siempre me sentí mal con aquella situación, pero desgraciadamente se mantuvo hasta el día antes de la despedida para siempre del colegio de Las Delicias. Estando en la explanada en una noche alegre y distendida con corrillos y juegos, por fin consideré que no podía irme del colegio sin haber arreglado aquella situación y me aventuré a acercarme a él y le ofrecí mi mano que no rechazó. Apenas hablamos, pero estoy seguro de que aunque tarde, llegamos a sentirnos liberados y satisfechos de no habernos separado para siempre con una enemistad eterna.

Siempre que recuerdo aquel hecho pienso cuanto tiempo perdimos sin haber convivido y compartido toda clase de nuevas experiencias que hubieran alimentado más nuestra amistad. Cuánto aprendí de aquello, pues pienso que lo que más irrita a los orgullosos es el orgullo de los demás. Reconozco que mi conducta fue la propia de un orgulloso, pero la suya tampoco desmereció de la mía. Sin embargo, aquella lección y muchas otras que me ha dado la vida, especialmente las vivencias con mis pacientes, en cierta medida sirvieron para tratar de ser más humilde y tolerante. A fin de cuentas, si en algo valoro aquel hecho y me atrevo a contar en estas páginas es porque, a la larga, conforme maduré comprendí que aquello fue una lección de vida, pues como decía Quevedo: *«La soberbia nunca baja de donde sube, pero siempre cae de donde subió»*.

Un tocadiscos



Ildelfonso Vázquez Candiles

Probablemente este título llame la atención, pero quiero introducirla dentro de nuestro anecdotario, porque a muchos, puede que ya se le haya olvidado.

Como algunos recordarán antes del pabellón nuevo, todos los alumnos descansábamos en dormitorios comunes. El año que llegué a Las Delicias, los de cuarto y algunos de tercero estuvimos en el mismo dormitorio.

Nuestro celador fue D. Francisco y tuvo la feliz ocurrencia de plantear la posibilidad de levantarnos con música. (Aquello del timbre era demasiado fuerte). Para desarrollar su proyecto, cada uno de los que estábamos en dicho dormitorio, pusimos una determinada cantidad y se compró un tocadiscos que a propuesta suya, terminaría sorteándose a final de curso.

Como curiosidad, indicar que los discos, (lógicamente había que comprar los más actuales) se adquirirían con el producto de «las multas» por las infracciones que cometeríamos: dejar la cama mal hecha, no recoger bien la ropa o tener desordenada la taquilla, hablar en el tiempo de silencio una vez que se apagaban las luces, derramar mucha agua en los cuartos de baño cuando nos levantábamos, etc..

Aunque parezca mentira, a lo largo de los meses hicimos una gran discoteca. Y... ¡efectivamente! al final de curso se celebró el sorteo de tocadiscos y discos a modo individual, viniendo a parar a mis manos el tocadiscos y algunos discos. Estos últimos regalos de algunos compañeros.

Mis años en el colegio



Armando Matoso Aguilar

Lo que paso a relatar creo que sucedió el primer año de alumno en el Colegio las Delicias, y tendría unos 12 años.

Como cada noche, antes de acostarnos, todos los alumnos del colegio acudían a la explanada de delante del edificio del internado. De forma organizada nos colocábamos en filas formando grupos de escuadras para que los educadores pudieran realizar el control y recuento del alumnado.

La compostura y el silencio en esos momentos eran estrictos, casi militar. Las advertencias y castigos habían servido para que todo sucediera así.

Entre los educadores había uno, en especial, que imponía un enorme respeto... mucho más que respeto lo llamaría terror... era Don Antonio Lara.

Don Antonio no tenía un físico corpulento, más bien lo contrario, pero el efecto de su presencia era enorme. Cuando permanecía quieto, sin gesticular, sin pronunciar una sola palabra y con mirada fija en nosotros, sabíamos que nadie se atrevería a salirse de las normas.

Después del control de asistencia, los alumnos, todavía en fila, entrábamos en el edificio y subíamos a los pabellones dormitorios.

Aquella noche me escondí detrás de la puerta, justo en el punto donde se deshacía la ordenada formación, y decidí darle un susto a mi paisano Jesús que venía unos puestos más atrás.

Era fácil, me agaché, conté a los compañeros que nos separaban y me lance como un felino al tiempo que gemí como un gato

Sonó un corto «miauu» y en menos de un segundo un sudor frío me recorrió

todo el cuerpo... estaba terriblemente cerca de aquella mirada que tanto nos imponía, era el mismísimo D. Antonio. Él, viendo mi pálida cara, levanto la mano y señalando a las camas me dijo de forma pausada «anda,... anda,... vete y acuéstate ya»

Durante varios días después, cuando recordaba el suceso, me surgió una espontánea sonrisa seguido de un suspiro y pensaba «Buff... de la que te has librado»



Fotografía de los cohetes que diseñaba en los últimos años del internado, por entonces ya habíamos pasado al edificio nuevo.

Estos artefactos los llenaba de una mezcla de azufre y clorato potásico. Los lanzaba desde mi habitación al patio del edificio ante la expectación de mis compañeros que desde las ventanas gritaban y apostaban sobre si volaría o no.

Mi opinión sobre aquellos años

Nunca he intentado comparar aquellos años con los de ahora, solo pienso que fue el crisol donde se fraguaron muchas amistades.

Los problemas de física



Sebastián Pavón Mendoza

Recuerdo con gran satisfacción al equipo de profesores que tuvimos en el Instituto Pérez de Guzmán y entre todos ellos, sin desmerecer a nadie, impregnaron de manera especial mi trayectoria como estudiante y posteriormente como profesor; los pensamientos filosóficos de la Hermana Carmen; D. Luís Lobo, con sus clases de Historia del Arte y sus explicaciones magistrales mediante diapositivas; D. José Medina, que nos enseñaba Ciencias Naturales poniendo nuestros sentidos en contacto con cada parcela del conocimiento que nos brinda la Madre Naturaleza; y... D. Pedro Borrego Aguayo, el mejor profesor de Física que he conocido. Nos enseñaba esta compleja materia y, más aún, al alto nivel que él la impartía, partiendo de la resolución de problemas que además los aliñaba con «peguitas» de todo tipo. En cierta ocasión, nos dio un par de problemas comentándonos que él no había conseguido encontrar la solución y que llevaba años intentándolo. Nos puso el reto de quien consiguiera resolverlos le pondría un sobresaliente en la asignatura. Así que, con mi gran amigo y compañero José Miramón nos propusimos buscar la solución a los mismos. He de decir que como libro de texto utilizábamos el Catalá,

que también se utilizaba como texto oficial en la Universidad. Así que, dicho lo anterior, es fácil de imaginar lo complejo que eran los puñeteros problemas. Pero ahí estaba nuestro interés. No pusimos manos a la tarea por las noches cuando ya habíamos terminado nuestros estudios ordinarios y diarios, a partir de las 12 de la noche, cuando ya no se podía estudiar en las habitaciones porque había que guardar el correspondiente silencio y respeto para dormir. Nos fuimos varias noches a la sala de estudio que había en la planta baja, cerca del comedor, donde otras veces, cuando teníamos exámenes, solíamos hacerlo.

Como en tantas otras ocasiones recibíamos la visita de nuestros celadores que bajaban a tomar algo una vez conseguido el silencio en las habitaciones y cómo no, también nuestro preceptor D. Jerónimo Cabeza. El don se lo poníamos cuando nos referíamos a él en tercera persona, pero directamente nosotros le decíamos Jerónimo, no por nada, sino porque él nos daba esa confianza a los mayores y solía compartir mucho tiempo de ocio con nosotros tanto en las actividades deportivas como para tomarnos unas cervezas acompañadas de unos buenos chorizos al infierno en la venta que había pasada la vía, frente al Colegio Menor Las Delicias. Como iba contando, en esa ocasión nos ofreció café y algo de picar que cogía de la cocina.

En esa sala siempre había algunos compañeros que hacían su estudio en equipo. Nosotros solíamos hacerlo Mariscal, Miguel López Girón, Miramón y yo; eso por la parte de ciencias; Por la parte de letras, solían reunirse Antonio García Aliaño, Santiago Galván, Manolo García Román y Garrucho, creo recordar.

En fin, Miramón y yo nos pusimos erre que erre con los dichosos problemas hasta que conseguimos encontrar la solución después de darles muchas, muchas vueltas. Ni que decir tiene que se las enseñamos a D. Pedro Borrego Aguayo y para satisfacción nuestra y también suya al saber la solución, nos agasajó con dos soberbios sobresalientes, uno para cada uno.

Hoy, después de muchos años de docencia, pienso que fue una estrategia didáctica de D. Pedro, porque estoy seguro que él con su inteligencia sabía la solución desde el momento en que nos entregó los problemas.

Anécdotas colegio las delicias



Juan Piña García

Primera anécdota

Estaba yo en 5° o 6° de bachiller, y en aquel entonces regentaba de tapadillo el bar del colegio, digo de tapadillo, lo que se explica en la anécdota n°. Esta circunstancia, me auto justificaba tener que quedarme en Ronda muchas tardes, para teóricamente realizar compras para el bar.

Esto no gustaba al entonces director D. Salvador, quien a su vez pedía cuentas al

subdirector D. Antonio Lara, con quien comencé a llevarme bien, a partir de 2°, después de tener una conversación con el, respecto a mis orígenes, y sobre todo a la economía familiar. Tanto fue así, que desde esa conversación, mi padre no debió abonar nunca mas la diferencia que había entre el precio del colegio y el importe de la beca. E lo arreglo con la Caja de Ahorros de Ronda.

Don Antonio me expuso y razonó, que eso no podía ser, que todo el mundo debía llegar a la misma hora. Yo le dije que tenia razón, pero que todo el mundo no tenia las mismas necesidades o circunstancias. Si ,pero es que tu no tienes porque hacerte cargo del bar, puesto que eso es solo para los de COU, y ademas traen aquí los productos los proveedores, alegaba el.

Don Antonio, Los cortadillos Verdú no vienen aquí, y son mas baratos y sanos que los dulces industriales que trae el representante (por cierto dejo de venir porque a partir de entonces no le era rentable) y además usted sabe que yo tengo otras cosas que a veces no puedo dejar (nos entendíamos).

Después de un rato largo de conversación, llegamos a un acuerdo. El no se enteraría que yo no llegaba a tiempo, y yo tenia que procurar que no me viera llegar a deshoras, el director. Moraleja.- Con voluntad de ambas partes no hay problemas entre dos.

Segunda anécdota LUCHA POR REPETIR TORTILLA

No recuerdo bien. Creo que fue en primero de bachiller, en el curso 68-69. Una noche,

en el comedor, no sé que nos pusieron de primero para cenar. El segundo fue tortilla. era lo que mas gustaba a la mayoría.

La cuestión es que las gentes se quedo con hambre. entonces no se por que regla, me toco a mi, o yo me ofrecí para pedir repetir tortilla. A cambio, acordé con el resto de la gente, que nadie se movería hasta conseguirlo. No recuerdo si alguien me acompaño.

Las negociaciones fueron directamente con Barrones, quien alegaba que ponía una comida normal, y no le daban para más. Llego a ofrecer que repitiésemos el primer plato, a lo que nos negamos. A todo esto el cocinero miraba sin decir ni pío, pero no se atrevía tampoco a irse.

Después de un buen rato de tira y afloja, Barrones le indico al cocinero que preparara tortilla para repetir. A mi ya se me había quitado la gana, pero cual seria mi sorpresa, y decepción, que cuando salí de la cocina, todo el mundo se había ido, y no hizo falta hacer mas tortillas.

Que cada uno saque la moraleja que quiera. Eramos niños, pero eso mismo se repite demasiado entre mayores.

Tercera doble anécdota

TEMERIDAD Y ENGAÑO INDEBIDO

Fue tambien en 1º o 2º de bachiller. D. Cristobal Aguilar, profesor de dibujo y trabajos manuales, nos mandó hacer una figura con arcilla. el plazo se acercaba y ni siquiera sabiamos donde comprarla. Por la zona de la fabrica de licores de Iborra, habia algo parecido a una fabrica de ladrillos, y una tarde me acerque a preguntar si vendian, y me dijeron que

el minimo eran 50 kg, por lo que desisti. Por la noche propuse a dos colegas que podiamos levantarnos cuando todo el mundo estuviese dormido, ir al sitio y coger un poco para nuestros trabajos.

Asi lo hicimos. Creo que uno de mis acompañantes era Pascual Del Rio. Cuando llegamos al sitio, despues de 15 o 20 minutos caminando, y cuando nos disponiamos a saltar la cerca, con la que no contabamos, salieron dos perros inmensos, que nos obligaron a desistir de nuestro primer intento. No obstante, despues de volver al colegio, decidimos repetir la operacion y volvimos a la fabrica. Creo recordar, que los perros no salieron, cogimos la arcilla y nos fuimos corriendo. Afortunadamente nadie nos vio.

Segunda parte de la arcilla.

Yo era entonces un inútil, igual que hoy con los trabajos manuales. Así, que como en otras ocasiones le pedí a Marcos Vazquez Candiles que me hiciera algo para presentar a D. Cristobal.

El me dijo que si, pero no cuando. Yo le daba la tabarra, porque se acercaba el final del plazo, pero el tenía otras cosas que hacer, y me lo hacia a ratos. Como buen artista, me dijo que que quería y le dije un caballo. Un día me hizo una pata de atrás, otro una de delante, y otro una cabeza de un camello. No de un caballo. Al siguiente día había que entregar el trabajo, y me faltaban 2 patas, una cabeza que no era, el cuello y unirlo todo. Imposible.

Se me ocurrió una drástica y perversa solución. Corté en varios trozos las patas

que tenía, y lo mismo hice con la cabeza, y le dije a D. Cristobal que alguien me lo había hecho.

Me puso un 10.

Anécdota

José Rojas Ruiz

No sé si os acordáis qué; detrás del campo de fútbol de las Delicias y entre la casa del guarda, había un recinto vallado, En el cual habitaban un ciervo macho grande y una hembra, creo que también uno pequeño.

Hay una época del año, en la que los machos mudan la cornamenta. Pues bien; el macho mudó los cuernos, y cómo eran dóciles, nos acercábamos a ellos muy a menudo. No se me ocurrió otra cosa que a través de la valla, con un palito pinchar en la hendidura que tenía el ciervo aún sin cicatrizar como consecuencia de la caída de los cuernos. El ciervo pegó un salto descomunal, era por la tarde, al día siguiente el animal había desaparecido, había saltado la valla y se largó. La que me hubiera caído, si me hubiesen visto.

Madre mía...

El examen plagiado



José Miramón López

Recuerdo que durante el último año vivido por mí en Las Delicias, aquellos que estudiábamos COU teníamos un examen final de Junio muy duro de Literatura al que temíamos mucho; tanto que el terror al mismo se había extendido como una gota de aceite que impregnaba a toda la clase. Nadie, ni siquiera los clásicos empollones, se salvaban de esa angustia que genera una prueba donde te la jugabas a fin de curso, pues podías tener un día malo, un comentario de texto no acertado, incluso, como era de Literatura, alguna que otra falta de ortografía que te echara para atrás todo un curso. Además, los exámenes parciales habían sido muy duros y eran pocos aquellos que los habían superado, todos con notas más bien bajas, que sólo servían de orientación al profesor pues no permitían eliminar materia. Así que examen final obligado de toda la materia, incluidos aquellos que habían aprobado los parciales. Realmente era un examen duro, de los más exigentes que recuerdo en mis años del Instituto Pérez de Guzmán. En él se juntaron varias clases de COU que habían recibido a diferentes horarios la misma materia durante el curso, por lo que tuvimos que hacerlo en una clase más amplia donde cupiéramos todos según creo recordar.

Normalmente los exámenes que exigían un amplio texto, se imprimían sobre



papel en una pequeña copistería que había cerca de la consejería del Instituto (por entonces no había fotocopiadoras). A veces, los mismos conserjes contribuían a ello. Paco el conserje, que además era bombero, y alguna de las administrativas echaban a andar aquella ruidosa máquina que necesitaba de un cliché donde iba escrito el texto original para su posterior impresión. Este cliché una vez acabado se tiraba o destruía. Ahí radicaba el quid de la cuestión, pues según habíamos oído en alguna ocasión algunos colegas se hicieron con el cliché de algún examen y de esa manera lo superaron, pero eso era solo un rumor que nunca fue demostrado.

Sin embargo, en aquella ocasión, el día previo al examen de literatura, esa maniobra se llevó a cabo de forma eficaz por unos pocos de alumnos de Ronda. No recuerdo sus nombres, aunque sí que la mayoría procedían del Castillo, de los menos trabajadores y listillos de la clase, como su actuación posterior

así lo dejó contrastado. Eran de los más mayores, tal que recuerdo que uno de ellos, ¿Guzmán?, tenía ya carné de conducir y acudía de vez en cuando a clase con un Land Rover de su padre. Así pues, dicho grupo estuvo atento al momento de la impresión, merodeando la copistería por el exterior, aquella tarde antes del día del examen. Desconozco cómo, pero se hicieron con el cliché que seguramente no se destruyó y quedó tirado en la papelería de la copistería. Pero su ingenuidad y torpe solidaridad les hizo cometer un error fundamental cual fue hacer extensivo el contenido de las preguntas del examen a todo el mundo. Recuerdo que avisaron casa por casa a los alumnos de Ronda y después con aquel Land Rover se acercaron a las Delicias. También fueron a Arriate a avisarle a varios compañeros que allí vivían. Prácticamente se enteró la totalidad de la clase. Recuerdo que ya era tarde cuando lo recibimos y tuvimos que cambiar la estrategia del estudio. Puede que me falle la memoria, pero el

texto a comentar no era de un autor de los más conocidos; me atrevería a decir que se trataba de un texto de Leandro Fernández de Moratín, aunque puedo equivocarme. En cualquier caso no era de Cervantes, Quevedo, Góngora, Lope de Vega o Calderón de la Barca, autores que leíamos con más frecuencia. Inmediatamente nos pusimos a estudiar al autor y se hicieron corrillos alrededor de los «listos en literatura» en el estudio de las Delicias para elaborar el comentario del texto. Ni que decir tiene que al otro día todos teníamos claro cómo hacer el examen después de toda una noche preparándolo. Recuerdo la sensación extraña que yo viví aquella mañana conforme nos colocaban, por orden de lista, en la clase. Por un lado, había desaparecido el miedo al examen pues conocíamos de antemano las preguntas; pero por otro, había nacido un nuevo miedo diferente que todos sentíamos antes de comenzar, el temor a que nos descubrieran. Había miradas cómplices, sonrisas y siseos entre nosotros hasta que nos llegó al pupitre la hoja con las consabidas preguntas y el texto que ya conocíamos. Ni que decir tiene que «clavamos» el examen; algunos pusieron hasta la fecha de nacimiento del autor y escribieron largo y tendido sobre su biografía y toda su obra.

Durante el mismo, bien avanzado el tiempo del examen, recuerdo que entre los profesores que vigilaban, hubo ciertas conversaciones y que alguno entraba y salía de la clase; apreciamos un cierto revuelo entre ellos que nos creó cierta inquietud, pero que finalmente no le dimos mayor importancia dado que no alteraron el orden del examen. Así pues, conforme terminábamos firmábamos el

examen y lo entregábamos. Pero, nuestra sorpresa fue que al salir, ya existía un revuelo en el patio, pues los compañeros que habían salido con anterioridad ya sabían que se había convocado un nuevo examen para aquel mismo día (si no me falla la memoria) a las cuatro de la tarde. Existía una convocatoria en el tablón de anuncios. Fueron fríos los profesores y nos dejaron terminar hasta el final aquel plagio de examen, agotando nuestro esfuerzo en memorizar y nos asestaron «una puñalada por la espalda» con una nueva convocatoria unas horas después.

El segundo examen fue durísimo, en una atmósfera tensa y con auténtico pavor por parte de los alumnos. Realmente fueron a «crujir» y suspendieron a muchos compañeros. Recuerdo que a algunos solo les quedó la Literatura en la convocatoria Junio. Aquello fue una lección ejemplar, pero también perjudicó a muchos que podrían haber aprobado con el primer examen. Nunca supimos a ciencia cierta cómo lo descubrieron, aunque los rumores, muy extendidos, y quizá verídicos, apuntaban a que el padre de un alumno, uno de los empollones, de aquellos que procedían del Castillo, en concreto Alvarito Arenas (al que denominábamos «el terror de las nenas») lo había denunciado mediante una llamada telefónica al Instituto.

El grupo que consiguió el cliché, con su afán de hacer extensivo a todos los compañeros el contenido del examen, suspendió la asignatura. No fueron listos pues tuvieron la ingenuidad y la mal entendida solidaridad con el resto que les hizo creer que nos aprobarían a todos. Nunca sabremos que habría sucedido de no haber existido aquella denuncia.

Arriate 1 - Las Delicias 4



Pedro Jiménez Lebrón

Recuerdo que en San Francisco los alumnos de 5º formamos un buen equipo de fútbol y al pasar a las Delicias, en el campeonato interno, los alumnos de 6º quedamos campeones venciendo al equipo de COU, en el partido decisivo, por 3 a 2 (Con goles de Cárdenas, Rafael Escalante y Salvador Jiménez) Con la euforia de haber sido campeones, llega un día Miramón y nos dice que ha concertado un partido contra un equipo de su pueblo.

Todos encantados con la idea, pero ¿Como vamos? Ni en coche ni en autobús, andando. Y andando fuimos.

Cuesta abajo e ilusionados como íbamos, el camino no se hizo muy largo.

No recuerdo la alineación completa pero si a algunos de los que fuimos: Merino, A. Cárdenas, Pedro y Rafael Escalante, Garrucho, Salvador Jiménez, Miramón y yo.

Ganamos, creo recordar, 4 a 1.

Y ahora para las Delicias. Es cuesta arriba, estamos más cansados y hay que llegar a buena hora.

¡Milagro! Un buen hombre se ofreció

con su coche Land Rover (de los largos) para llevarnos hasta el colegio. Nos achuchamos como pudimos, los 11 jugadores (no recuerdo si había algún suplente) y el chófer 12 y para Las Delicias, a donde llegamos a buena hora y más contentos que unas castañuelas.

Ese hombre bueno era el padre de nuestro compañero Miramón.

Anécdota



Manuel Tardío Peña

Manuel Tardío Peña, natural de Prado del Rey nacido el 16/2/1957.

Estuve interno en el Colegio Menor las Delicias desde el curso 1970/71: segundo , hasta 1975/76: COU , 6 años. Cursándolos en El Pérez de Guzmán.

Anécdota: por problemas burocráticos con la beca llegue tarde, a finales de octubre. Llegue por la tarde y me llevaron a una sala de estudio donde por algún pequeño altercado el educador llamo a Marín (era de Casares un chaval bastante alto, jugaba bien al futbol y al futbolín) y le pego una sonora bofetada.

Más tarde me llevaron para dormir al dormitorio de los mayores ya que en el de mis compañeros de curso no había

cama. Por las noches se montaban unos pitotes de miedo a pesar del celo por poner orden de los delegados Juan Piña e Ildelfonso Vázquez. No obstante cuando llegaba el educador de la susodicha bofetada reinaba el silencio, aunque alguna noche nos tuvo firmes con las luces encendidas hasta bien entrada la noche y con las piernas temblorosas.

Mi primer pensamiento fue ¡vaya como se las gastan aquí! ¡Donde me han metido!. Había que sobrevivir y adaptarse. Tuve también la ayuda de mi paisano Pepe Rojas y al ser el menor en el dormitorio fui un poco protegido por todos. Al curso siguiente ya me pasaron al dormitorio de los de mi curso y ya me había adaptado a la rutina del internado.

Anécdota

Manuel Sanchez

Yo estuve en San Francisco y a la vuelta el puente de los Santos creo nos fuimos a Las Delicias en el año 71 quiero recordar.

Recorrí como todos, el bar de «El Sucio» que servían unos excelentes chorizos al infierno y luego la venta que estaba cerca de las delicias que no recuerdo su nombre.

Los domingos por la tarde íbamos al cine de la Merced y si la película era un poco más larga de lo normal teníamos que salir corriendo para llegar a tiempo a la cena, aquello era una media maratón en toda regla.

El curso fue muy provechoso porque yo estudiaba 5fl en aquel año y las

aprobé todas, teniendo que superar una grandísima prueba como era aprobar matemáticas con D. Manuel Palma, creo que fuimos muy pocos loas que la aprobamos en Junio pues teníamos una referente que era «Elenita» que era una máquina y para competir con ella había que amarrarse los machos.

Los recuerdos son muy gratos excepto porque el más amigo que tenía yo en el colegio murió hace unos años, y era Francisco Gutiérrez Ruiz de Genalguacil

La verdad es que encargué a Leoncio que me lo localizara pero llegamos tarde.

No terminaría de comentar cosas, pero hay mucha gente que tendrá que comentar también.

Y una cosa que creo que nadie ha comentado, y es que en aquel curso en las Delicias, hartos de vernos fumar por esos campos habilitaron una habitación a la que fumásemos los de cierto curso en adelante y a la cual bautizamos como «La gaviota»

Imagina una habitación de unos 50 metros cuadrados y cincuenta chicos fumando como condenados

¡Que ambientazo!

Y otra cosa curiosa es como medíamos la cuenta atrás cerca de la gasolinera y coreábamos un bache que había donde el autobús daba un gran salto.

Decíamos» saltito, saltito una, dos y tres» y entonces el autobús saltaba

¿Que cabreos cogía el conductor!.